



11

¿EI PROLETARIADO BOLIVIANO PASÓ A LA HISTORIA?

Los ideólogos de la burguesía -entre nosotros siempre proimperialistas- y del reformismo argumentan que las condiciones creadas por los sorprendentes avances de la democracia y de la tan publicitada -y diariamente negada paz social- paz mundial, han relegado al museo de antigüedades la lucha de clases, la revolución y a la propia clase obrera.

Se plantea que el crecimiento masivo de la desocupación ocasionada por la crisis económica capitalista y la creciente robotización del proceso productivo, relegarían a un segundo plano la importancia del proletariado como clase revolucionaria, como dirección de las masas que buscan emanciparse de su lamentable. situación actual.

En resumen: el proletariado habría dejado de ser la clase revolucionaria por excelencia y su lugar ocuparían otras clases mayoritarias o las capas intelectuales de la clase media. Por extraño que parezca ese absurdo es repetido por algunos supuestos "trotskystas".

La coyuntural paralización de parte del aparato productivo consacuencia obligada de la crisis económica ocasiona la desocupación masiva, también en Bolivia donde no existe bono o seguro por cesantía forzosa. Esa desocupación desemboca, por lo menos en parte, en la llamada economía y también en el lumpenproletariado.

Los desocupados apenas si sobreviven en condiciones por demás lamentables de extrema miseria. Unos trabajan jornadas en actividades artesanales sin casi obetener ninguna ganancia; otros están ocupados dos o tres horas diarias, lo que les permite engullir una taza de sultana con una marraqueta; los más se ocupan del contrabando hormiga, de vender baratijas en las calles y unos pocos pisan hojas de coca.

Algunos economistas no ocultan su perplejidad porque parte de que los desocupados hambrientos encuentran alguna forma de trabajar, sin que les importe mucho las miserables recompensas que perciben. Los propios informales saben que su actual forma de ganar el pan de cada día es algo temporal y que está fuera de la normalidad. Los teóricos burgueses más atrevidos -entre los que se cuenta el peruano de Soto- exigen que el Estado, pase al liberalismo que pregonan, apunte la actividad productiva de los informales para que así vitalicen al incipiente capitalismo. Seguramente abrigan la esperanza de que así arrancarían definitivamente a los ocasionales informales de las filas del proletariado. Con todo, si la amplísima capa informal ingresa al capitalismo, en el seno de éste seguirá funcionando la ley de la acumulación, por tanto, los peces más grandes se tragarán a los más chicos. Un empresario, por rico y pequeño que sea, precisa comprar fuerza de trabajo para exprimirle plusvalía. Si la actual actividad informal se trueca capitalista, se dará, al mismo tiempo, un fortalecimiento del proletariado.

El hecho de que el proletariado sea una clase revolucionaria -la única que instintiva o políticamente se encamina a destruir la gran propiedad privada- se debe al lugar que ocupa en el proceso de la producción y no a su número, a su mayor o menor pobreza o a su grado cultural. Claro que las grandes concentraciones obreras -Siglo XX fue una de esas en el pasado inmediato- juegan un importante papel en la lucha de clases y pueden convertirse en la vanguardia del resto de los trabajadores.

Las crisis económicas, las guerras internacionales, colocan en la orden del día a la revolución proletaria, no

en varios son síntomas del gran desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y de su pulverización al chocar con la gran propiedad burguesa imperante. No se puede hablar de que la clase obrera desaparece, agoniza o cede su lugar de caudillo nacional a otros sectores sociales.

Pero -añaden los incrédulos y los agentillos de los poderosos-, la revolución no estalla y los gobiernos se relevan con ayuda de la papeleta electoral. Esto se debe, pese a la extrema madurez del factor económico u objetivo de la revolución, a la virtual ausencia del partido revolucionario en escala internacional. En Bolivia las masas marchan hacia la convulsión social, esto en medio de una innegable madurez política de los explotados. La clave de la victoria en esta batalla radica en una creciente actividad del partido del proletariado, del Partido Obrero Revolucionario.

La impresionante masa de desocupados -aunque un sector de ella se encuentre inmersa en la economía informal -es una parte de la clase obrera empujada a las filas del ejército industrial de reserva, en espera de poder volver a vencer su fuerza de trabajo. Se trata de un fenómeno permanente -salvando su mayor o menor volumen según la marcha de la economía- del proceso de producción capitalista.

Se tiene que concluir que los desocupados no son extraños a la clase obrera, forman parte de ella. La prueba se tiene en que sus luchas tienen lugar alrededor de sus sindicatos tradicionales, aunque los dirigentes no reconozcan esta realidad.

El gravísimo error consiste en que las grandes centrales de obreros rechazan a los desocupados y los enfrentan a los activos, en lugar de lograr que tocos juntos luchen por imponer la escala móvil de horas de trabajo conforme al volumen de cesantes.

La clase obrera de acuerdo con la concepción marxista no es la masa amorfa de trabajadores, sino la que logra tener conciencia de clase, la que se constituye en partido político, según dice el "Manifiesto Comunista".

El partido es la vanguardia de la clase políticamente organizada. La conciencia de clase se genera y desarrolla en el seno de esa vanguardia, proceso en el que la clase se suelda con la ciencia social. La conciencia de clase se proyecta como teoría de la revolución en un determinado país o, lo que es lo mismo, como programa del partido revolucionario.

La clase obrera está ahí: en la teoría de la revolución boliviana, en el programa del Partido Obrero Revolucionario. Actúa políticamente -entonces es clase en sí, verdadera clase, independiente en el plano ideológico y político, y diametralmente opuesta a la burguesía-, sabe el camino que tiene que recorrer para liberarse de la explotación, para dejar de ser proletariado. El que ocasionalmente se vea numéricamente disminuida por la desocupación forzosa y aparezca agigantada la masa que mueve a la economía informal, no significa que ya no exista.

Si se diese el caso hipotético de que ya no pudiese actuar físicamente, otros oprimidos y explotados se encarnarían en sus enunciados políticos, con su lucha socavarían los basamentos de la vergüenza capitalista.

En la práctica boliviana hemos visto a sectores de la clase media -los universitarios y los maestros-, a los campesinos radicalizados, enarbolar las banderas del programa del proletariado.

Mientras exista capitalismo -esa máquina de exprimir ganancia- habrán proletarios, en mayor o menor número, porque son los que producen plusvalía, en esta medida seguirán siendo los componentes de la clase social revolucionaria, llamada a acabar con la gran propiedad burguesa.

No por casualidad, la burocracia sindical -deja de representar los intereses de las bases y actúa como canal de la política de la clase dominante- repite el absurdo de que la clase obrera está disminuida numéricamente, debilitada política y sindicalmente dispersa, en retroceso, etc. La verdad es que las masas trabajadoras están en la calle, luchando todos los días por sus derechos y por la satisfacción de sus necesidades.

¿Quién ocupa el lugar del proletariado como clase revolucionaria? ¿Los campesinos, los intelectuales, los estudiantes o los informales? Todo esto es absurdo, toda vez que las masas en general al radicalizarse

no tardan en enarbolar las banderas del proletariado.

La convulsión social que se aproxima estará políticamente dirigida por el proletariado, que es lo que cuenta. Esto es lo fundamental, aunque la presencia de tal o cual sector de las masas tenga su importancia.

Para superar la crisis económica, el atraso, la miseria, etc., de manera radical y definitiva, hay que destruir el orden social capitalista, es decir, hay que consumir la revolución proletaria. Las supuestas revoluciones campesina o de la clase media -si se espera que impongan su propia política- no serían más que variantes de la burguesa.

La diferencia de Bolivia con los otros países -si tomamos en cuenta a Latinoamérica de manera preferente- radica en la presencia protagónica del partido político del proletariado, del Partido Obrero Revolucionario, sobre todo como programa probado por el desarrollo de la historia. En este país se plantea con nitidez la posibilidad de que se dé la revolución proletaria como consecuencia, precisamente, de la crisis económica estructural, de la guerra internacional, de la desocupación masiva, de la miseria extrema que soportan las masas, etc.

No está en crisis, en bancarrota, la clase obrera, si ésta es considerada como política revolucionaria, como perspectiva de la victoria de la revolución proletaria, contrariamente, se vive un período de fortalecimiento de la clase revolucionaria, como se desprende de la constatación de la posibilidad de que se consume la transformación radical de la sociedad capitalista.

Lo que está en crisis es el imperialismo, la clase dominante, el reformismo y la burocracia sindical que sirven a los poderosos. Corresponde barrerlos ideológica y físicamente del escenario, porque constituyen obstáculos en el camino de la revolución. El hundimiento del stalinismo contrarrevolucionario en escala mundial ha acentuado esa crisis, que es indicio de la posibilidad de la revolución.

Tampoco se puede argumentar que el proletariado virtualmente ya no existe porque los mineros soportan en mayor medida el azote de la desocupación masiva. Teóricamente no se puede descontar que otros sectores obreros ocupen su lugar, capitalizando la experiencia revolucionaria de las minas y las adquisiciones asimiladas por el programa revolucionario.

La recesión -consecuencia de la crisis- ha afectado negativamente en la cotización de los minerales, cuya caída se ha agravado con la guerra del Golfo Pérsico. Esta situación será superada por las vías de la destrucción de las fuerzas productivas -eso significa la crisis y la guerra- o de la revolución social, y Bolivia volverá a ser el país minero por excelencia.